

La vara del almendro

Por Ana Valeria Ruiz Esquivel

“Al día siguiente, cuando Moisés entró en el tabernáculo del pacto, encontró que la vara de Aarón, que representaba a la tribu de Leví, ¡había retoñado, echado brotes, florecido y producido almendras maduras!

La Biblia. Números 17:8

De cerca, más de cerca, ¿ahora lo ves? Si, justo ahí en la parte inferior de mi troco, ¿ves ese pequeño punto naranja? Bueno déjame decirte que es un hongo, pero no cualquier hongo, este anuncia el inicio de mi fin; pero espera, no te pongas triste porque esto no es precisamente una mala noticia ni el final de mi historia, retrocedamos un poco en el tiempo.

Todo empezó con una pequeña semilla de almendro, que por voluntad divina cayó en el suelo arenoso y suelto de buen drenaje lleno de nutrientes que permitió a las raíces crecer libres, profundas y fuertes. Como sabrán la fortaleza de todo árbol se basa en sus raíces, por lo que ningún viento fuerte o adversidad podrá derrumbarlo, si este fue plantado en el suelo y tiempo adecuado.

Mis primeros años fueron de vital importancia para alcanzar lo que soy hoy en día. Cuando la semilla revienta en forma de brote somos tan vulnerables que hasta la pisada de un pequeño mamífero puede destruirnos, mas ahora he crecido hacia el cielo, fuerte y vigoroso. Claro, fue un proceso largo, o como lo llamamos entre nosotros, el estado durmiente, que dura entre cinco y doce años para que un árbol como yo cumpla su cometido: dar frutos.

Aun recuerdo el mejor día de mi vida, cuando salió mi primer fruto. Fue a mediados del invierno, todos los árboles jóvenes estábamos listos para recibir a la primavera con nuestros mejores follajes. Los almendros adultos ya empezaban a alardear entre los demás árboles por sus brotes tempranos, ya que una de las características principales de nuestra especie es que florecemos antes que los demás, se podría decir que de un día para otro; preferimos arriesgarnos a una helada a final del invierno que a la sequía del intenso verano.

El final del día estaba cerca y como años anteriores, ya me había resignado a la falta de resultados, mi semblante decayó aún más al ver como todos los demás lucían sus hermosos primeros frutos como símbolo del milagro del proceso natural para el cual fuimos creados; cuando de repente sentí un piquete casi imperceptible en lo más alto de una de mis ramas, aun hoy me cuesta trabajo explicar la inmensa felicidad que sentí, ya que eso significaba que mi propósito como árbol de almendro al fin había comenzado, pude entender en ese momento el sentido de mi existencia: brindar alimento para el ser humano, al igual que contribuir en el desarrollo de las siguientes generaciones gracias a las semillas que de mi brotarían.

Algo que mantuvo en mi la esperanza de la llegada de mi primer fruto, fue ver las flores y frutos de los demás árboles, creer que la savia fluye abundantemente bajo la corteza para aumentar mi vigor y transformar mis retoños en ramas. Esto me enseñó a ser paciente y esperar el momento que tanto anhelaba, me dio la madurez necesaria para recibir mi primicia.

Justo en esta época del año, después de permanecer varios meses en la raíz, mi savia vuelve a subir y empieza a recorrer el tronco y las ramas para iniciar un nuevo ciclo; para todos los árboles esto es como una “inyección” de fuerza para la siguiente etapa. Está época es el año nuevo y para nosotros representa el mejor periodo, ya que es señal de que se avecina la primavera acompañada de la cosecha de frutos y cereales.

Sin embargo, dar fruto no fue el único propósito de mi vida, ya que a pesar de permanecer erguido y estático durante toda mi vida en mi lugar de origen, fui indispensable para miles de personas, proveyéndoles de oxígeno, elemento vital para todos los seres vivos, lo que fue posible gracias a una buena salud interna y por consiguiente una buena salud externa. Esto me hizo ver que yo, siendo vida doy vida a muchos más.

Ahora de anciano, al ver como mis ramas secas se desprenden y mis retoños han cesado, cualquiera diría que mi vida está cerca de su fin y que cuando muera, mi propósito moriría conmigo. Puedo sentir como las hormigas recorren mi corteza seca, como mi tronco y ramas van aumentando su fragilidad, dando paso al aserrín, símbolo de mi descomposición interna. En poco tiempo desapareceré y me integrare al suelo como si nunca hubiera existido.

Mientras pensaba sobre el tiempo que me quedaba vi que alguien se aproximaba hacia mí y de repente... ¡Alto ahí! ¿Quién eres? ¿Por qué tomas mi rama? Estaba confundido, no podía entender porque una persona tomaría algo viejo y seco que desde mi perspectiva era algo inservible, pero en ese preciso momento entendí que mi propósito no acababa ahí, que ese no era mi fin y me sobrevino una inmensa paz y felicidad. Al ver como la persona se alejaba y ya no con una simple rama si no con una vara que le serviría de apoyo brindándole seguridad y firmeza en su vida. No sabía con qué propósito la había tomado aquella persona, pero en mi interior supe que sería para algo grande e importante. Fin.

Una vara seca que reverdece es símbolo de trascendencia, este fenómeno sobrenatural nos enseña que la vida está hecha de milagros, es cuando nos damos cuenta de que la esperanza va más allá de lo físico y que nuestra vida no acaba ahí.

